

Víctor Juan

Director del Museo Pedagógico de Aragón

“El Magisterio es una profesión en la que todo es nuevo si te haces preguntas”

Víctor Juan se dedica desde hace mucho tiempo a recuperar la memoria de la escuela.

A reponer el nombre de muchos maestros y maestras aragoneses que durante la República fueron pioneros por su trabajo y cuyo legado desapareció bajo la capa de olvido que impusieron la Guerra Civil y la dictadura.

A trabajar por algo que para él es un simple acto de justicia.

AMELIA ALMAU

Periodista.

Fotografías de Raquel Arellano

¿Cuál es su parte favorita del Museo?

Si me dan a elegir me quedo con el museo de la inteligencia. Prefiero ese museo que es un espacio simbólico, que nació cuando el Gobierno de Aragón crea el Museo Pedagógico y que nos permite mantener una línea de publicaciones, una línea de investigación y también debatir. En ese mismo museo simbólico incluyo la red de complicidades que ya estamos tejiendo con muchas personas que van a investigar a los archivos y piensan en nosotros, o con muchas personas que ya han colaborado con textos, con fotografías, con las donaciones que nos han hecho.

Todo un hito...

En menos de dos años la gran conquista del museo ha sido hacerse presente entre los docentes, pero también en la sociedad aragonesa. Y además, como hemos hecho algunos proyectos que hemos distribuido por el Estado, a nivel nacional el MPA está empezando a ser conocido.

En el museo físico tenemos unas piezas valiosísimas, pero pienso que daría igual que estuvieran aquí o en otro sitio. Lo importante es el discurso. Me interesa mucho ese espacio de recuperación, de análisis, de reflexión... Por eso, cuando yo hablo del MPA hablo del proyecto MPA que lo incluye todo, la sede y todo lo demás.



Pero expositivamente, el Museo reúne una gran colección.

Sí, tenemos una gran colección de piezas que son fruto del trabajo de más de 15 años de Rafael Jiménez, que las fue rescatando del olvido. Forman parte de la exposición permanente y también de los préstamos a otras entidades. Ahora, por ejemplo, tenemos piezas en la exposición de Misiones Pedagógicas, que ha estado itinerante por varias ciudades del Estado; tenemos piezas en una exposición que hay en la Residencia de Estudiantes sobre la Junta para Ampliación de Estudios; en el Centro de Historia de Zaragoza, en la exposición que ha montado Comisiones Obreras sobre la Historia de la Educación en el siglo XX; tenemos piezas en Teruel, en el Centro de Profesores y desde marzo puede visitarse en Barbastro la muestra "Los niños en el frente".

Entre las actividades, ¿cuenta con programa de visitas?

Sí, estamos recibiendo a muchos grupos de estudiantes. En el programa de dinamización del museo para escolares hay actividades para Infantil, Primaria y Secundaria. Pero también recibimos a grupos de universitarios. El Museo admite varias lecturas porque se trata de un territorio por el que todos nosotros hemos transitado. Un territorio que en parte nos habla de ese mundo perdido



de la infancia, que nos recuerda a los amigos, los juegos, a nuestros abuelos que nos acompañaban... Y ése ya es un discurso para muchos de nuestros visitantes, que se encuentran con los textos, los muebles, la recreación de espacios que disfrutaron y padecieron, porque todo va junto. Ése es un nivel que está bien, pero creo que no nos tenemos que conformar.

¿Hacia dónde se ha de avanzar?

Creo que el museo ha de mantener un discurso crítico con lo que la escuela y la educación han sido. Vienen niños y se sorprenden sobre lo parecido y lo diferente que es todo. Pero también vienen historiadores de la educación que pueden hacer otra lectura de las piezas, porque en las piezas se ha depositado la memoria de las personas que allí se encontraron, crecieron, se educaron... y ése es el mensaje. Yo suelo decir que cada pieza esconde un secreto. Me gusta pasear por el museo y pararme a ver qué puedo contar cuando veo una pieza. Analizar una pieza supone analizar la escuela, la educación, y eso te lleva a hacer un análisis de la sociedad que las impulsaba.

Esas visitas habrán dado lugar a muchas anécdotas.

Prácticamente a diario. El otro día me decía una alumna, "estuve con mi abuelo en el museo y se le saltaron las lágrimas". Pero tenemos una especialmente buena. Tiene por protagonista a un señor del pueblo de Agüero que, después de su primera visita, nos preguntó si nos interesarían unas fotos que tenía. Le dijimos que sí. Y las trajo. Y comenzó así una serie de viajes en los que siempre nos trae objetos. Y siempre viene con su nieto, que se lo pasa bomba entre los pupitres. Este verano nos dijo que iba a traer el reloj de la escuela porque "si no cualquier día se echará a perder". Yo me imaginaba una esfera, y nos aparece con una caja de carillón de casi dos metros de alta, con dos puertas, como el de los siete cabritillos, con graffitis de generaciones de críos.

¿Reciben muchas donaciones?

Sí, como este señor mucha más gente nos pregunta si puede traer objetos que guarda, fotografías, materiales. La gente va empezando a entender que éste es su museo. Es un museo abierto, y un museo de todo. De las labores, los

cuadernos, las fotografías..., todo nos sirve para algo, para contar y entender cómo fue la escuela. A todo el material que nos llega se le hace un acta de donación y se cataloga. Porque además, aspiramos a que el Museo se convierta en un centro de documentación. También tenemos un aula que cedemos en muchas ocasiones, es el museo como espacio cultural. Yo doy alguna clase. Hay una sala de usuarios porque yo creo que el museo tiene que proyectarse también hacia el futuro, no sólo mirar al pasado y tenemos zona Wi-Fi, es un espacio abierto, tanto para investigadores como para chavales que vienen aquí a hacer los deberes.

La recuperación de la memoria histórica, ¿es una moda o va más allá?

Personalmente, cuando pienso en este tema creo que no podemos vivir como si no hubiera pasado nada. Al menos yo no puedo, no puedo no pensar de dónde venimos, cómo nos hemos construido históricamente. Creo, además, que algunos de los debates que tenemos hoy abiertos vienen generados por nuestra historia más reciente. Por eso, es siempre conveniente mirar la génesis

de los problemas, que muchas veces tienen un desarrollo histórico. Pero, en el caso concreto de la memoria histórica, la Guerra Civil es una gran cicatriz que parte la historia del siglo XX en dos e, independientemente del posicionamiento histórico de cada uno, es una realidad. Hay una trayectoria en el primer tercio del siglo XX, en el mundo de la cultura, de la ciencia, en la vida cotidiana, que se rompe con la Guerra Civil y después hay otra cosa. Cuando hablamos de cultura, creo que podemos hablar de una involución, de un retroceso, de una vuelta casi a la Edad Media.

En las piezas se ha depositado la memoria de las personas que allí se encontraron, crecieron y se educaron

¿Es algo palpable en el Museo?

Sí. Cuando al museo vienen, por ejemplo, profesores franceses, lo que más les sorprende es la presencia de la religión en las aulas, en los libros, en los símbolos. Y por eso, debates como los que ahora tenemos abiertos sobre la Educación para la Ciudadanía, no se entienden si no consideras qué educación hemos tenido y con qué objetivo se trabajaba en las escuelas.

¿Esa recuperación ha sido difícil?

Desde luego. Después de la Guerra Civil se sembró el olvido, se echó sal sobre la memoria, se borraron los nombres de algunas personas, de iniciativas, de una forma de entender la escuela. No solamente se cortó ahí, sino que además nos ha costado mucho recuperarlo.

Supongo que en sus clases hablará a sus alumnos de todo esto.

Sí, creo que cuando hablamos de recuperación es cuestión de justicia. Yo tengo el compromiso de hablarles a mis alumnos de Ramón Acín, de María Sánchez Arbós..., porque me parece

que son personas que encierran un valor. Imparto la asignatura Teoría e Instituciones Contemporáneas de la Educación, y les digo a mis alumnos que tienen la suerte y la desgracia de darla conmigo porque yo tengo dos programas. El programa A, que es el mismo que se ve en Sevilla o en Albacete. Y el programa B, que consiste en ver cómo esas ideas, esas teorías, esos proyectos de los que hablamos en general, estuvieron representados en Aragón. Tuvimos personas que fueron freinetistas; que conocieron a Montessori; que se comprometieron con determinados modelos, cuando hablamos de pedagogía libertaria, de ideas socialistas llevadas a la educación. Yo no he entendido nada de la Historia hasta que no he podido poner cara a las personas, y además, he comprendido que eran como yo, amaban como yo, querían a sus hijos como los quiero yo, tenían amigos... porque yo no me veo cruzando la frontera con Francia y dejando mi vida atrás. Y es de justicia poderlos nombrar, estudiar sus nombres, sus biografías.

¿Eso que usted llama reponer sus nombres en la piedra picada?

Sí, bajo ese título escribí un texto para el prólogo del catálogo de la muestra "El tiempo detenido", donde se habla de la escuela de Lasieso, en cuya fachada pone "Escuela Nacional Mixta ..." y no se lee el nombre de Ildelfonso Beltrán, el joven inspector que consiguió que se abriera una escuela en un pueblo tan pequeño, porque la piedra está picada. Todavía tenemos muchas piedras picadas. Porque se perdieron las iniciativas, se perdieron las instituciones de modernización y las personas. Y se hizo conscientemente y ha sido casi imposible, muy, muy difícil establecer nexos con aquella tradición. Recuperar los nombres, nombrarlos, es rendirles homenaje.

¿Es el momento?

Creo que ha llegado la hora de acabar con la piedra picada, con los agujeros negros. Es la hora de la Historia, hay que dejar el discurso ideológico y que hablen los historiadores. Hay que hacer un poco de justicia y recuperar lo que había de valioso en la educación. Porque el le-

Cautiva cuando habla

Víctor M. Juan Borroy (Zaragoza, 1964) no es amigo de las hojas de vida. Según él, "lo importante es lo que casi nunca se cuenta. En mi caso, que tengo dos hijos, tres perros y dos yeguas". Pese a ello, tiene mucho que contar. Es autor de una treintena de artículos dedicados a maestros y maestras, política educativa y escuelas, así como de varios libros de autoría individual y compartida. Actualmente, es profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad de Zaragoza, en Huesca, y director del Museo Pedagógico de Aragón (www.museopedagogicodearagon.com), también ubicado en Huesca. Ha trabajado en todos los niveles del sistema educativo, desde Infantil hasta la Universidad. En 1996 defendió su tesis doctoral dedicada a los maestros aragoneses del primer tercio del siglo XX. Juan cautiva cuando habla, seguramente porque lo hace con la pasión y la emoción de quien cree y disfruta con su trabajo. Por eso su web oficial (www.unizar.es/cce/vjuan/) está salpicada de apuntes de personalidad y quien acceda a la personal (www.victorjuan.net/) descubrirá quién hay detrás de los nombres que para Juan son importantes. A su blogteca llegan a menudo peticiones de ayuda para recuperar muchos otros.

gado educativo de la Dictadura es muy triste. A mí me gustaría recuperar el legado anterior en educación.

¿Todo esto forma parte del currículo de los estudios de Magisterio?

No, el conocimiento de este patrimonio no entra en el programa. Salvo por iniciativa particular. Yo creo que es más importante conocer a personajes como Simeón Omella, que fue freinetista, que empezar directamente con Freinet. Y mi experiencia con los estudiantes es que todo esto les interesa mucho, porque los emociona, les resulta cercano, los conmueve.

¿A qué maestros y maestras cree que debería conocer quien quiera dedicarse a la docencia?

Fundamentalmente a quienes les puedan servir de referencia; espejos donde mirarse, gente comprometida con la educación. Para que vean que hay una escuela posible, que se puede trabajar, que tiene sentido. Y en Aragón tenemos buenisímos ejemplos. Maestros y maestras del presente. Yo les hablo de Mariano Coronas y todo lo que hace en Fraga; del caso de Ariño y José Antonio Blesa, que empezó con las nuevas tecnologías y ha conseguido que cuatro alumnos conocieran a Bill Gates; de las gentes de Ballobar con el "Leer juntos"; de José Luis Jiménez, Joselo, que se licenció en Físicas como Premio Extraordinario y luego se hizo maestro porque es lo que le gustaba... Y del pasado de muchos otros: María Sánchez Arbós, Simeón Omella, Herminio Almendros, Santiago Hernández Ruiz, Paco Ponzán, Pedro Arnal Cavero, Ramón Acín. Hace un tiempo me decía un alumno de la facultad en Huesca, "¿puedes creer que terminé aquí Magisterio, en el mismo sitio donde Acín dio clases y nadie me había hablado de él". Eso demuestra que hay todavía un temor.

¿Cómo entiende la profesión de maestro?

Se resume en una cita del siglo V antes de Cristo en la que Protágoras le decía a Hipócrates, que estaba pensando en hacerse discípulo suyo: "Si me acompañas, cada día que estés conmigo regre-

sarás a tu casa siendo mejor". Mi compromiso también es ése: acercarlos a lo que creo que tiene valor para que vuelvan a casa siendo mejores.

En Zaragoza, diversos colegios diseñados bajo las claves que marcó la República han celebrado aniversarios significativos, ¿han sido hechos nostálgicos o ha habido algo más?

Para empezar nos ha servido para hablar de las bondades de la escuela pública, lo que no siempre se hace. Nos ha servido para recuperar los nombres de las maestras y maestros que allí trabajaron, de los alumnos, de las imágenes. Y para recuperar el entusiasmo que llevó a Zaragoza a levantar grandes grupos escolares, como el Costa. Y, por supuesto, hay un componente nostálgico, de recuerdo y de reencuentro. Además, han sido muy positivos porque nos han llevado a recuperar el trabajo sosegado de una escuela que cumple 75 años. Y me hacen pensar también en la ilusión renovada. Porque ésta es una profesión para la que hay que renovarse cada día, para poder dictar "dictados" durante 40 años y hacerlo como si fuera la primera vez. Y una profesión en la que estamos constantemente volviendo a empezar, y en la que todo es incierto, imprevisible y frágil, porque los maestros sabemos que lo que vale con Carlos no sirve con Ana, y lo que servía ayer hoy ya no sirve.

Mi compromiso es acercarlos a lo que creo que tiene valor para que vuelvan a casa siendo mejores

¿Hacia dónde avanza el Magisterio actual?

Creo que es una profesión que está sometida, de forma más acusada que otras, a los mismos cambios que vive la sociedad actual. Somos un colectivo profesional que tiene que hacer uso de las nuevas tecnologías. Que tiene que enfrentarse con una pluralidad crecien-

te, con una diversidad vista desde todas las ópticas: cultural, lingüística, ideológica, modelos de familia. Ahora las escuelas son lugares complejos. Cuando yo estudiaba Magisterio había una idea que me gustaba mucho. Era la de que el maestro iba a ser el único intelectual del siglo XXI, en el sentido de que ha de ser capaz de entender esa diversidad y ser capaz de generar algo nuevo, un tejido nuevo de intersubjetividad. Y eso lo puede hacer un intelectual, un sabio.

¿Esa sería para usted la definición de maestro o maestra?

Cuando les digo a mis alumnos que no sé cómo se forma a una maestra, es verdad. Posiblemente, una maestra es alguien que sabe mirar. Que sabe leer lo que pasa en la sociedad, sabe entender lo que le pasa a Carlitos, sabe seleccionar recursos y organizar el ambiente. Ése es un poco el modelo profesional hacia el que se camina. Y para el que los tres años de carrera no sirven prácticamente para nada, porque es una tarea inacabada. Nadie puede aspirar a, con la formación que recibe en 2008, poder seguir trabajando en 2048.

¿Cómo es de grande la brecha entre teoría y práctica?

Es muy grande. Pero yo me baso en una definición de Emilio Lledó, que es un autor que a mí me gusta mucho, según la cual una teoría es una forma de mirar el mundo. Yo les digo a mis alumnos que tienen que desarrollar una mirada personal sobre las cosas, que tienen que tener una idea de lo que es ser maestro, de lo que es un niño, de lo que es la escuela, de lo que es enseñar... Algo que tienen que hacer desde ya, no pueden esperar a ser mayores para tener ideas. Ideas que irán variando con el tiempo, pero que tienen que tenerlas. Necesitamos maestros razonables, en el sentido de que puedan dar razones de las cosas, no caer en las modas pedagógicas del momento sin formarse una idea de ellas. El maestro debe ser capaz de apropiarse permanentemente del mundo, y tener una teoría para cada cosa, una razón, una explicación... Solemos desdeñar el mundo de la teoría y, sin embargo, no hay nada más práctico que tenerlas. Y el Magis-

terio es una profesión en la que siempre todo es nuevo, si te haces preguntas. Por eso es imposible caer en la rutina.

Afirma que entró en el sistema educativo a los dos años y desde entonces no ha dejado de pensar y aprender sobre asuntos relacionados con la escuela, la profesión del maestro y el sistema educativo. ¿A qué conclusiones ha llegado?
A todo lo que hemos hablado ya. Y a otras cosas, como que ya no tengo una mirada utópica sobre la escuela. Las escuelas, como todo, son para bien y para mal. Son lugares de liberación y de imposición; de transformación pero también de sumisión. Y que lo uno o lo otro depende de las personas que se reúnen allí.

Durante 15 años ha sido maestro en diferentes pueblos de Aragón. ¿Sigue habiendo diferencias entre maestro rural y de capital?

Creo que sí. Para empezar en la capital somos más difícilmente reconocibles. Y en los pueblos las escuelas son espacios de todos, aunque no se tengan hijos. El maestro rural vive más cerca de la comunidad, aunque sea un maestro viajero. En un pueblo no pasa nadie por delante del patio del colegio sin decir "buenos días", aunque no tenga hijos dentro. En comunidades pequeñas uno tiene muchísima más autonomía y mayor poder de convocatoria para cualquier cosa que ponga en marcha. Y eso habla muy bien de nosotros, de todos nosotros, como sociedad. En Aragón, por ejemplo, estamos sosteniendo escuelas muy pequeñas, de 5, 6, 7 niños... y queremos que sea así.

Conoció a Palmira Plá (maestra exiliada de la II República) cuando escribía su novela "Por escribir sus nombres", de la que es protagonista junto a Paco Ponzán. ¿Qué le cautivó de ella?

Creo que Palmira Plá es la persona que me hizo comprender que todos aquellos que vivieron tiempos tan convulsos (ella padeció dos guerras, dos exilios y grandes ausencias por tener que abandonarlo todo) eran exactamente igual que nosotros. Lo que más me sorprendió de ella fue su compromiso, algo que por otra parte era muy general en

su época. Me decía un día: "hemos venido al mundo para dejarlo mejor de lo que nos lo encontramos" y me lo decía con 91 años y sentada en una silla de ruedas. Y añadía, "Yo lo hice desde la escuela".

¿Qué se siente cuando a tu blog llegan peticiones de ayuda de gente que quiere encontrar datos sobre su abuelo?

Por una parte, me parece que es un

compromiso que tenemos todavía pendiente: poder decir sus nombres, recuperar a las personas para recuperar la historia. Por eso me siento con una gran responsabilidad. Como educador, como investigador y, con toda la humildad del mundo, como intelectual, tengo el deber de intentar recuperar ese patrimonio, de intentar poner nombres en la piedra picada. A veces es algo que abrumba, pero que te anima a continuar.

